

FONTANILLS

LLEVARON ayer a enterrar, en la tarde gris, pluviosa, entristecida, a un personaje cubano, que ni hizo política, se destacó por su fortuna, intervino en la cosa pública, ni fué factor predominante en el mundo de la ciencia, las letras o las artes. Llevaron ayer hasta su última morada, en la ciudad silente, donde musitan los pinos y la vanidad de los ricos mausoleos testimonian y proclama el eterno afán de sobreponer el lujo a la muerte igualitaria, a un periodista. A un periodista ilustre—amado de sus lectores, conocido y admirado de un extremo a otro de la República. A un periodista que, por espacio de varias décadas — cuatro a lo menos — fué un esclavo de su lápiz y las cuartillas, recogiendo, incansable, sutilísimo, hábil psicólogo, mejor cronista, todas las palpitaciones de la sociedad cubana. Nos referimos a Enrique Fontanills, el compañero eminentísimo dentro de la profesión y su especialidad, original reseñador de fiestas y saraos, de júbilos y duelos, de bodas y bateos.

Conocimos a Fontanills y convivimos con él, admirando su doble personalidad de escritor ameno y halagador y de «cauteur» agudo, un poco pirroniano y por lo tanto filósofo. De ahí que podamos afirmar que su carrera triunfal — en la que jamás faltaron los halagos del éxito y las alegrías de la victoria, mezcladas éstas con cierta dosis de desencantos—fué obra de su talento clarísimo, de su aguda visión de los contemporáneos y de la sociedad en que éstos se han desenvuelto y, sobre todo, de su laboriosidad única. Porque el redactor de las «Habaneras» de «Diario de la Marina» era cronista veinte de las veinticuatro horas del día, y cuidaba de su arte de reseñador de acontecimientos elegantes con el mismo esmero que si fuera un artífice de piedras y metales preciosos. Y era tan extremosa su dedicación al trabajo, tan atenta y vigilante su mirada de observador del medio, tan perspicaz su cotidiano esfuerzo, que miles de veces hubimos de reconocer que si el compañero Fontanills hubiera empleado sus aptitudes en cualquiera otra actividad con el mismo tesón y competencia, el triunfo le habría saludado de idéntica manera que en la atención del sector periodístico donde fué proclamado maestro.

40 55

Duerme Fontanills su último sueño y la sociedad le recuerda emocionada. Nosotros, al dedicarle este comentario a su lamentadísima desaparición, le evocamos como al más amable de los caballeros, al más grato de los escritores que, durante cuarenta años, sirvió cada mañana — generoso como un dios— una frase perfumada a nuestras mujeres. Fué, amén de psicólogo indiscutido, un hombre de corazón. No hubo otro jamás que hiciera brillar en tantos labios femeninos, más alegres y agradecidas sonrisas. Coadyuó con donaire, con gracia, con elegancia espiritual, a la felicidad—no importa si momentánea o fugaz,—de tres generaciones de mujeres.

Son, pues, lágrimas femeninas, en su mayoría, las que han caído sobre la montaña de rosas que cubren su tumba. Ellas le pagan ahora con su llanto, casi medio siglo de epitalamios y madrigales.

*Ymp.
Mayo 22/32*